

## Entrevista a Carmen Váscones: La razón de la poesía

**RAÚL SERRANO SÁNCHEZ**

Universidad Andina Simón Bolívar,  
Sede Ecuador

CARMEN VÁSCONES NACIÓ en Samborondón, provincia del Guayas. En marzo de 2008 obtuvo el II Premio en el I Concurso Mundial de Poesía Erótica convocado en Lima por la revista *Olandina* de la Casa del Poeta. Váscones estudió psicología clínica, ha ejercido la cátedra universitaria y ha participado en varios congresos y encuentros sobre literatura. Sus textos se han publicado en revistas nacionales y extranjeras.

Es autora de los poemarios: *La muerte un ensayo de amores* (Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Guayas, 1991, 1994); *Con/fabulaciones* (Quito, El Conejo, 1992); *Memorial a un acantilado* (Quito, El Conejo, 1994; Cuenca, Colección Premios Bienal de Poesía Ecuatoriana, No. 3, Fundación Cultural «La Palabra», 1998, 2a. ed.); *Aguaje* (Quito, Libresa, 1999). Fue coeditora de *Mujeres frente al espejo* (Guayaquil, Universidad Andina Simón Bolívar / Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas y Senefelder, 2005). Sus textos constan entre otras antologías en *Mulheres no baquete de eros/mujeres en el banquete de eros*, poesía bilingüe (aBrace, Brasil-Uruguay, 2008); *Noveno encuentro en Cuba* (aBrace, 2008); *Bendito sea tu cuerpo* (2008), *La voz de eros, dos siglos de poesía erótica de mujeres ecuatorianas* (Quito, Trama, 2006); *Breve polifonía hispanoamericana* (México, Frente de Afirmación Hispanista, 2005); *Inventario de la poesía en lengua española*,

1951-2000 (Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2000); *Poesía erótica de mujeres. Antología del Ecuador* (Quito, Editorial Mayor Books, 2001).

–Tú hablas que no haces «poesía coital». ¿Hay una condena explícita a quienes trabajan con lo sexual en sus textos?

Si tu pregunta nace con respecto al reportaje titulado «La poeta en el autoexilio», recurro a la cita, lo que contesté fue «yo busco un erotismo que trascienda aquello en lo que algunas veces la poesía se queda: una poesía coital» (*El Universo*, 30 de marzo, 2008).

No me da complacencia la inquisición, peor el papel de juez. La poesía no pasa por la moral del servilismo, sino por lo humano donde el deseo, el placer y el vacío resultan un desencuentro con la ilusión, con el gozo y nos envía a encontrar lo cóncavo de la palabra: lo ausente y la memoria libre de la experiencia en su regocijo con el verbo que se nos escapa del sentido: la ausencia en el escenario del verso: la metáfora de la voz.

El sonido del cuerpo más allá de los sentidos: la razón de la pasión. Cada cual escribe lo que el cuerpo le manda o le demanda: antojos de placeres sin censuras. Entre lo humano siempre hay un espacio: la lectura del otro. La condición humana es sexualidad antes y después de nacer. La palabra: un encanto pagano y sagrado de una sexualidad que nos habla, nos toca, nos conmueve. Siento la vida sin sentirme convicta ni perseguida por la que fui: soy lo que seré. La metáfora me saca del hedonismo y del peligro del narcisismo cruel. Cupido mata por amor, así ande con las vendas en los ojos, pincha el dolor. Mi picadura, es un veneno sin muerte eterna. Me desnuda el lector con su acercamiento al verso. Yo sé con quién lo hago si de vida propia se trata. Que el lector toque su imaginación para que pueda imaginarse. El rubor en el tocador de la piel es inevitable.

Conversando con un amigo, me decía, en estos tiempos ya no dejan nada para sentir los sentidos, que hasta coraje le da que lo hayan dejado sin nada que ver...

Mi deseo con y sin poesía: que la imaginación no se apague.

–El texto que ha merecido el segundo premio en el I Concurso Mundial de Poesía Erótica convocado en Lima en este 2008 por la revista *Olandina* de la Casa del Poeta, ¿forma parte de un nuevo proyecto de publicación?

Es uno de mis proyectos, uno de los más largos. Hace 20 años empecé un libro, «Un solo de mujer». Este libro tenía cuatro libros: «Soledad pagana», «Luna aborígen», «Dios una parábola desierta» y «La ira de la esfín-

ge». En el avanzar, hice un corte, separé, aparté «Luna aborigen», en su lugar incluí «Jardín sin paraíso o Dios no creó el vacío».

El contenido abarca la pugna del amor y el vicio por la eternidad, el juego del poder en nombre de Dios y los que se vanaglorian de inmortales mientras la investidura los cubre, el desafío del uno como único frente a la soledad de la muerte, la siempre soberbia del letrado sobre el iletrado, el dolor que muerde y asesina, queda impune, como si nada. Y la redención de la ternura como condición humana sobre todos y todas.

Hablar de cada uno de los libros me tomaría un ensayo, pero quiero dejar un paréntesis a «Luna aborigen», es sobre Manuela y Bolívar, lo eterno: lecho y territorios recorridos por mortales en el aguaje de una Independencia que se sostiene entre gritos de libertad sangrando y tambores que quieren una América no reducida a «maquetas» de patrias picadas por punzones de corrupción.

Creo en la balanza de la justicia. Tenemos un pueblo cariado de tanta estafa, anémico de sueños, descalcificado de futuro. Hay que trabajar por ellos.

La lucha del dominio y del servicio: no para unos sino para el bien común.

La democracia no resuelve nada, no deja notar la violencia. Peor si la administran amos.

—¿Entonces, cuál es el sistema o el orden político-social a implementar?

Se necesita sostener un espacio humanista concebido desde la ética y pensamientos políticos, claros sin prepotencias, que no aplasten.

Todos morimos, hay que elegir el puesto: villanos, canallas, humillados o rebeldes de la conformidad.

Hay que sostener la utopía de la vida que nos merecemos. El problema está en ese juego entre el crédito y el descrédito de los que administran la ley. ¿Acreditadores de qué somos?

Quiero garantizar mi palabra, eso es responsabilidad permanente.

—¿Por qué después de *Aguaje*, publicado en 1999, y que es una suerte de suma de lo que ha sido tu trabajo, Carmen Váscones optó por no publicar?

Parece que entré al silencio de mi propia interpretación. Me he tomado el tiempo del pase. Esto es, casi toda mi vida pasé trabajando en proyectos sociales, mis estudios los hice con becas, necesitaba buenas notas, aparte de eso, tenía que trabajar para pagar bus, libros y necesidades personales, hija

mayor, apoyo del hogar. Sentía que toda la vida fue un oficio de trabajo tras trabajo.

Era una lectora, aún escribía diarios, aún dormía tan poco, el insomnio a veces me envolvía como la oscuridad, tenía que prender la luz para acompañarme con el sonido de la imaginación: prestaba los sueños escritos por otros e interpolaba los míos. Tuve siempre un buen aguante a la soledad. Pero mi cuerpo empezó a pedirme auxilio, que lo tome en cuenta, o si no la mecha del eros se apagaba.

Viajé a Playas Villamil. Reordené mi vida. Como aprendí a ser organizada, los recursos del ahorro me sirvieron, también desarrollé otros talentos escondidos: pegaba piedras buscándole una forma que me plazca, pintaba, dibujaba, bordaba, daba consulta, aprovechando la profesión de psicóloga, en fin, gané vida.

Este pare al andar sin descanso me reconcilió con mi angustia siempre en vigilia. El insomnio sigue pero no dejo que me domine ni ahogue como aguaje al náufrago.

Conocí un hermoso hombre, mi esposo, Roger Hollander, le di espacio para habitarme, él también quería lo mismo. Descubrí otra fase de mi vida. La soledad acompañada sin invasión.

Es interesante, el libro *Aguaje* se inicia con la presencia de esta convergencia, creo, ya lo había iniciado sin ser notado por mi conciencia: Aguaje: embestida y talante del eros y tánatos. Creciente y provisión. Arremeter sin correr peligro. Orillé en mi historia.

—¿Y cómo enfrentas la hora de la «habitación propia»?

Mi marea de fuego en luna llena alumbraba la «habitación propia».

Siempre, mi computadora tiene algunas ventanas que las abro y las cierro con proyectos, los retomo según el ritmo de sus gestaciones. Mi mente es densa, tengo que descansar, y hacer actividades ligeras para amortiguar al imperativo: «escribe».

—¿Siempre le das un reposo a tus textos?

No necesito probarme que soy escritora apareciendo en público a cada rato, eso desgasta, ni me apuro en publicar. Siempre fue así. Me gusta tomarme el tiempo, qué importa si es toda una vida, lo importante es que eso que escribo esté empapelado de una verdad que no la armo para exhibirme en la tarima, sino que tenga un propósito: ahí está, una vida que se ha tomado su tiempo para que la escritura se haga sin trampas.

Mi esposo es el que se pasea por mis alrededores, y me pregunta entre disimulo –cree que no me doy cuenta– cuándo voy a publicar, y yo le digo: algún rato.

Estoy a full, revisando y cayendo en cuenta de mis horrores mutilados en la gramática, deseo que salga impecable de dislexia. Desmadro el lenguaje y él me sitúa en la regla: la culpa sintáctica.

–¿Cuáles con los proyectos escriturarios en los que ahora estás inmersa?

He pasado diez años investigando alrededor de los atinos y desatinos de la educación y la pedagogía. Tengo un libro de ensayos sobre esta temática; he trabajado cuentos, relatos y prosa poética. Tengo tareas para largo, algunos proyectos simultáneos: «Luna aborigen», por terminar, también «Falopio o memoria del deseo», «El actuante o una vida innominada».

El libro que deseo que se publique este año es «Un solo de mujer», ya lo tengo terminado. Estoy con la ortografía encima para que no digan que mi poesía es trunca, o tiene taquicardia y de paso la rayan con el veto de la letra ensangrentada: las faltas... La vergüenza pública, uno de mis talones de Aquiles.

La letra marcada como estigma.

–¿Ese silencio en la escena pública, más no ante la escritura, a qué responde?

Alguien me preguntó si mi silencio se parece a la timidez, le dije que no. El silencio es un espacio para que nada me haga de obstáculo, ni siquiera yo misma. La timidez, la compararía, como una distancia ante la vorágine social: me agota eso de estar en la mira y la distorsión de los demás. Esto es que sé lo que soy o lo que hago y pasa en mi vida. Pero, el ser humano a falta de paciencia y acompañamiento propio, vive como telenovela de folletín las vidas de los demás. Defiendo a capa y espada lo único que tengo: esta vida que se irá.

La escritura es mi aliada, no tengo que buscarla, ella asoma sin coimas, sin chantajes, sin seducciones, no me pide nada a cambio, no me compra, ni la engaño, no me pide nada. La escritura es mi contrafrente, mi vanguardia, mi ejército de metáforas.

La defensa sin explosivos.

–¿Cómo desarrollas el elemento erótico en el texto premiado?

Trabajo la rabia pagana, la impotencia del erotismo, el placer del encuentro a pesar de la muerte tocando. Siempre me pregunté qué otra cosa diferencia lo pagano y lo sagrado. Me hice de una respuesta sacrílega. Lo

pagano está cerca de lo incestuoso. Lo sagrado todo lo contrario. Tanto al dolor y a eros les compete una muerte no resuelta entre dioses y semidioses de barro. La vida sin remordimiento y sin tierra exclusiva.

La codicia de lo ajeno o de lo prohibido es una esfinge en el deseo. El cuerpo es el oráculo. El enigma: gozo sublime y mortal. El placer poético recrea a la serpiente bendita y maldita en los extremos: la pisada humana en la huella del destino. Dios un bello silencio. Al demonio lo escuchan y hasta le piden realizar deseos. Luego viene la culpa, se pide. Lo divino: milagro. Otros cargan amuletos de la buena suerte.

La poesía tiene la dicha de jugar con la contradicción sin quemarse ni tener que resucitar. Ella: la voz irrenunciable. No espera ser salvada ni tirada como un dado al infierno.

—¿Para ti, el poema es un cuerpo deseado?

Me gusta eso: un cuerpo deseado el poema. La vida también lo es. Dejémoslo ahí, dando intimidad a la voz tocando esas formas.

—¿Tú profesión de psicóloga clínica, cómo entra en contacto, cómo se concilia o se contrapone con la de la poeta?

Hay algo que en mi vida se dio, de niña hablaba poco, pero me encantaba apropiarme de los sentidos. Me conversaban. Hacía pocas preguntas. Habían por ahí, algunos magos y magas, mi padre fue un principio de la metáfora, mi madre el de la realidad, los dos un límite con el yo de Carmen. Siempre disfruté de la música, del humor, del espectáculo del paisaje y yo entrando a los senderos. Los laberintos de la existencia me angustiaban, pero siempre buscaba la salida.

Cuando estudié psicología, quería saber quién era yo, no me respondió. Desde niña, tanto en la escuela, o como adolescente, tenía dos amigas, no más, nos teníamos un profundo respeto a lo que decía la otra, nos apoyábamos, nos sosteníamos, nos aconsejábamos, nos escuchábamos, parecíamos como fuera de la época.

Siempre crecí como sintiéndome desfasada a mi propia edad...

No hay oposición entre la poeta y la psicóloga, cada una se gestó en diferentes tiempos. La poesía nació conmigo, y es posible que el deseo alumbró a la metáfora, para que la angustia no me invada como una amenaza, sino que actúe como una creadora o arquitecta: por ahí en mi libro *Con/fabulaciones* digo: «hago de mis síntomas versos».

La psicóloga tuvo que entrar al psicoanálisis, siete años, para trabajar su quién era. Una vez que se entra al análisis, no se sale nunca de la responsabilidad con la transferencia: «el deseo es su interpretación».

—¿Qué sensación te deja este Segundo Premio en un certamen que, según los organizadores, ha tenido gran acogida?

Me sentí contenta, incluso tenía mis dudas de que reciba el premio, porque no lo consideraba al texto erótico, ni siquiera había leído las bases, pero igual, por curiosidad y deseos de participar con jurados que no conocen mis trabajos ni mi estilo, ni nada de nada, envié el poema. Y me parece que fue bueno que no haya dudado de enviarlo. Este premio me da cabida para otros lectores, siento que vale la pena esperar y tener paciencia en escribir sin apuros. Es un premio al prestigio de la poesía.

Sigo escribiendo con el llamado de la vida.

—En una entrevista con Clara Medina, sostienes que te «gustan los escritores que rompen barreras y que prefieren que más que ellos aparezca su palabra». En Carmen Váscones, ¿cuáles son las barreras que ha roto o a las que ha tenido que enfrentar?

Nunca me he preocupado del qué dirán, aun a pesar de haber recibido lecturas mordaces de mi trabajo. No gozo de la crueldad, de la crítica voraz. La que hacen con sabiduría, estoy atenta y la escucho; esas otras cargadas de violencia, me alejo, les declaro el silencio. Desde que apareció mi primer libro he recibido lanzas, también sabias observaciones y apreciaciones.

A ambas, escucho y anoto la diferencia. La que tiene la ponzoña y quiere herir, mortificar, anularme, y la que tiene aroma a sudor humano sin gota de placer en la burla.

Amo el humor, éste reivindica la razón y sus razones. Le falta humor a ciertos críticos que se asumen de superyó ante la lectura y dan su veredicto de dictadores: a la cremación el libro.

—¿Qué juicio te merece la poesía que actualmente escriben las mujeres en el Ecuador?

Me parece fundamental que las mujeres que han asumido la pluma y la responsabilidad de aparecer en público se cuestionen y salgan de los clichés, y de los concursos imaginarios de quién es más desnuda en ese hacer el amor con el poema: después qué.

Hay un avance, como que en una época de afirmación, esto de romper con el silencio, la represión y la violencia del cuerpo sometido o sumido al gobierno de la concupiscencia o del puesto de objeto hizo que la mujer

saque las prendas íntimas, los utensilios de cocina a la puerta de la piel de esos géneros contrincantes y aliados a la vez...

Se han ido dando variantes. Ni el hombre ni la mujer son el plato fuerte a la hora de devorarse o hartarse de regocijo. El banquete del cuerpo en entredicho de hambrunas. En el filo del deseo la desaprensión de la carne. Creo que la literatura escrita por mujeres puede ser un buen campo para derribar los muros del lenguaje entre «machos y hembrones».

—¿No crees que hay demasiados libros y poca poesía?

Hay un mercado del consumismo depredador, muchos apurándose en la feria de la oferta y la demanda, las editoriales gozan del negocio de la escritura. Y bueno, cuántos escritores y escritoras hay de poesía, ¿quién lo determina?, ¿el marketing?, recomendaciones para publicar, ser apadrinado, yo no sé.

Quién tira la primera piedra, salpica la tinta. Veamos a dónde cae...

—¿Cómo crees que el Ministerio de Cultura, de reciente creación, deba obrar a favor de los y las poetas del país?

El Ministerio de Cultura es la piedra de toque del habla artística, literaria, y popular. Es un espacio de convergencia que tiene que articular los campos que aspira o participa. Creo que deben revisarse los programas de estudios, currículo, saber de los libros que se usan en las escuelas y colegios, averiguar qué cabida tienen los autores nacionales, replantearse el hacer cultural; no solo es ofertar proyectos para hacer cultura, o dar dinero para que alguien publique. Hay que realizar un diagnóstico de la situación de la memoria nacional sobre su propia cultura y los libros que nunca tienen lugar en la memoria del niño ni de los jóvenes.

La literatura no solo debe estar en la categoría de «sociales»; creo que todos los alumnos deben leer. Para que despejen el pensamiento y se abran hacia el horizonte crítico y creador. El mercado de los libros tiene que concebir un concepto ético de la producción de las artes. Hay que crear un proyecto común denominador y multiplicador de culturas, de “creación” de lectores de la vida y del texto. Gobernar, educar, transmitir es una tarea a corto y largo plazo. Y quien «gerencia» ese espacio, se exige que tenga formación y visión de conjunto.

Evaluar qué han hecho todas las instancias dedicadas al ministerio y dirección de hacer educación y cultura. Se debería auditar, saber lo invertido, gastado y a cuántos se ha beneficiado, si llega o no el producto, algo así,



como control de calidad de la ética del arte y de la cultura. Hasta se debería censar, saber el número de población beneficiada.

—¿En esta perspectiva, crees que es una salida o «política cultural» aquello de ofertar a ojos cerrados?

Se ofertan proyectos y muchos participan, y luego qué. El resultado no puede ser solo un producto para satisfacer mi narcisismo: me aprobaron, me publicaron, gané. Debe ser algo más. Esto es, cómo voy a llegar al consumidor final. Cómo lo adquiere. Cómo es el mercado en esa competencia de «los aprobados», desaprobados o ignorados. Cómo trabajar con los programas de estudios o reforma curricular, donde realmente se lea, se conozca al autor nacional, internacional del presente o del pasado.

Avanzar de la generación del 30, sin descabezar, sin desconocer la trayectoria de los que pasaron, pasan y se acercan. Cómo crear una cultura del bien común, denominador en el consumo del gozo de la imaginación. Asesorar, capacitar y dar soportes al profesor de literatura.

Queda mucho por hacer hasta cómo diferenciar entre lo que es y no es literatura.

—¿Cómo explicas ese momento, ese estado de gracia de la creación de un texto?

Solo me resta decir: el arte de crear por placer el texto va más allá del tocador de la vanidad. ❖

*Quito, mayo 2008*